

COMENTARIO.

Acoger las diferencias y no juzgar

La cizaña es una mala hierba muy parecida al trigo que crece juntamente con él, causando perjuicios a la cosecha. Su parecido con el trigo hace imposible arrancarla sin perjudicar a éste. Los griegos conocían esta mala hierba como «zizanion», de donde proviene su nombre castellano. Solemos dividir a la gente. Buenos y malos deben estar separados y en extremos opuestos. Esta práctica de dividir entre buenos y malos ya la hacían los grupos religiosos contemporáneos a Jesús.

Jesús llama a la apertura de mente y corazón para acoger con esperanza a quienes aparecen ante nuestra vida como diferentes. Necesitamos apertura para acoger la diferencia, que siempre estará presente en la humanidad.

No hay que ignorar la presencia del mal en la historia, como reconoce Jesús. Pero sólo a Dios le corresponde juzgar, con inmensa justicia y misericordia, a cada ser humano.

SABÍAS QUE... Galilea, tierra de diversidad

Jesús vivió gran parte de su vida en una región denominada Galilea. En ella convivían la cultura griega y la judía, razón por la que era considerada «tierra de paganos».

La pluriculturalidad de Galilea molestaba a los círculos del judaísmo radical de Jerusalén.

En Galilea la mezcla de culturas era manifiesta. Buena muestra de ello son las construcciones de corte griego que se alzaban por doquier. Era una cultura de contaminación.

Por este motivo los judíos ortodoxos afirmaban que de Galilea no «salen profetas», y lo decían refiriéndose también a Jesús.

ORACIÓN

Te damos gracias, Señor, por habernos creado diferentes, únicos y originales.

En la diferencia está nuestra riqueza. Señor, quiero mostrarme abierto a la riqueza de quienes me rodean, dispuesto a aprender de los demás para crecer. Señor, que sepamos vivir unidos pero respetando nuestras diferencias.

Señor, enséñanos a ser amigos de todos y a ofrecer lo mejor que hay en nuestro interior.



COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san MATEO 13,24 - 43

En aquel tiempo, Jesús propuso esta parábola a la gente: –El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: –Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña? Él les dijo: –Un enemigo lo ha hecho. Los criados le preguntaron: –¿Quieres que vayamos a arrancarla?

Pero él les respondió: –No, que podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega, y cuando llegue la siega diré a los segadores: –Arracad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero.

Les propuso esta otra parábola: El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza que uno siembra en su huerta; aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un arbusto más alto que las hortalizas y vienen los pájaros a anidar en sus ramas.

Les dijo otra parábola: El Reino de los Cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina y basta para que todo fermente. Jesús expuso todo esto a la gente en parábolas y sin parábolas no les exponía nada.

Palabra del Señor

REFLEXIÓN

Un Dios único, que no quiere que andemos solos

Como hijos queridos de Dios tenemos que vivir en tensión, para que el Padre ocupe el mejor sitio en el corazón, y para saber vaciarnos de tantas falsas seguridades sobre las que tendemos a construir la vida. El deseo de destacar por encima de los demás, que siempre crea ruptura y división; las falsas grandezas de querer tener más, que nos encierran y aíslan de los otros; el buscar reconocimiento de lo que hacemos, que crea dependencia y malestar..., siempre nos separan, y rompen la fraternidad querida por Dios.

Dios quiere ser nuestro «único» Dios. Para eso, para que nuestro corazón, y toda la vida, lo descubra como Quién de verdad es, como un Pastor que cuida con mimo y entrega de todos (y busca mejor la oveja que se le pierde), y que se manifiesta en la vida de Sus hijos. Sí, nuestro Dios es el Dios de la acción, que muestra Su grandeza en la compasión, en la misericordia, en el apoyo al que siente su vida como una carga (y no como una grandeza y posibilidad). Y nunca se cansa de enseñar —eso hacen los buenos padres—: enseñar a sus hijos, pero haciendo siempre una familia, una comunidad.

Su deseo es que vivamos en plenitud

El deseo de Dios Padre y Pastor..., y nuestra pequeñez humana, que solemos olvidar. Claro que somos limitados y débiles, pero aún ahí actúa Dios con su Fuerza, y acude en ayuda de nuestra debilidad, para que sepamos pedir lo que nos conviene, que seguramente será distinto de lo que nosotros creemos. Qué papel tan importante tiene entonces la oración en la vida cristiana: no para decirle a Dios lo que Él ya sabe, sino para que descubramos lo que Él quiere de nosotros. Oración para sentirnos criaturas, para vivir la libertad de los hijos, para acoger su Presencia y para que nos abra los ojos a lo que somos. Porque, como Padre, Dios nos acoge como somos, y nos lanza al ser perfectos en el mundo.



Las divisiones no las hace el Padre

Y sin hacer categorías ni divisiones entre nosotros. Estamos llamados a ser comunidad, a no crear nunca rivalidad. Ningún Padre quiere a sus hijos divididos, y tampoco el nuestro. Nada de «buenos y malos», como nos dice el Evangelio, porque todos fallamos, y todos podemos cambiar. Nos tenemos que dar, a nosotros y a los demás, las oportunidades que hagan falta, sin dar a nadie por perdido. Pero todos llamados a dar fruto. Hoy la Palabra nos pone buenos ejemplos de cómo tenemos que ser y vivir: como una semilla que da fruto, como un grano de mostaza bien pequeño, o como la levadura en medio de la masa. Pues eso, llamados a crecer, a dar frutos, a que el mundo sea mejor, más de Dios. Eso sí, con entrega y desde el silencio, que si nos faltan las fuerzas, ya tenemos el Espíritu, para que «todos vean nuestras buenas obras y den gloria a Dios». Adelante, hermanos.

PLEGARIA

Venga a nosotros tu Reino, Señor. Y hágase tu Voluntad. Esto es lo que pedimos y rezamos, y que aprendimos desde muy pequeños. Pero sabemos que esto no es mandar un mensaje al Padre y ya está, que no se cumple sin más. En el ruego ha de ir también nuestro compromiso por hacer «algo» que, de verdad, lo haga posible. Podríamos decir ¡venga tu Reino! que nosotros estamos trabajando para que llegue, y estamos viviendo en tu Luz, y nos dejamos transformar.

Tu Reino, Señor, de pan y de justicia. De paz, de fortaleza, de igualdad, de respeto humano, de dignidad. Un Reino que siempre es buena semilla plantada en el campo de la vida, y en cada uno de nosotros. Y la buena semilla casi siempre da buenos frutos. Pero cuántas veces dejamos que se mezcle con la cizaña de actitudes negativas, de desconfianza, de incompreensión. Mándanos, Señor, tu Espíritu. Que nos transforme, que nos haga cada día mejores, que aparte de nosotros todo mal y toda cizaña. Haznos, Señor, de los tuyos. Que desde el silencio, con entrega y constancia, seamos el grano de mostaza, pequeños pero lanzados a crecer hasta que los hermanos puedan apoyarse en nosotros. Haznos ser, Señor, como la levadura de la masa, que casi no se note lo que hagamos, pero que sea suficiente para ayudar a otros a crecer y a dar frutos de bien y de verdad. Amén.